

EL FRUTO DE UNA PLEGARIA

I

Cierto día que el afamado pintor Casto Plasencia había salido al campo a hacer uno de sus maravillosos estudios de paisaje, halló tendido en la mullida grama de la pradera a un muchachuelo que guardaba unas vacas, las cuales allí en el mismo campo pastaban apaciblemente, haciendo sonar de tiempo en tiempo, según su manso movimiento, las cencerros pendientes de su cuello.

Gustó, sin duda, al pintor aquel amenísimo lugar, la lozana verdura del suelo, matizada de florecillas de mil colores, la contigua arboleda de empinados álamos, la azulada lejanía de las montañas, y sobre todo el gracioso juego de las figuras del pastorcillo y su ganado.

Clavó el artista su quitasol en el suelo, y armando su silla y caballete articulado sentóse en ella, puso en éste un lienzo, sacó de su caja de colores los necesarios, su paleta y sus pinceles, y mirando muy atentamente al mozalbete empezó a pintar.

Grande fue la inquietud que le entró al muchacho, que, sin duda, jamás había visto cosa más extraña que aquellos cachivaches y aquella singular operación que aquel hombre desconocido realizaba: inquietud en el niño más excitada en cuanto pudo notar la fijeza con que el hombre aquel le miraba, y al fin, entre receloso y sorprendido, se puso en pie, y arreando a las vacas intentó salir con ellas del prado.

—¿A dónde vas, muchacho? Quédate ahí, hombre, no te va a pasar nada malo—gritó el pintor, riéndose de la simplicidad del muchacho.

—¡To! ¿Y pa qué me tengo de quedar?—replicó el chicuelo.

—Pues para ganarte dos pesetillas por estar tumbado a la bartola. Ven acá, hombre, ven acá. Ven, hom-

bre, que no me como a los chicos—dijo el artista; y empleando por fin una dulce porfía y el tono franco y campechano con que siempre revelaba la nobleza de su hermoso carácter aquel insigne pintor español, consiguió que el chicuelo se acercara a él y que, quitándose su montera de piel de conejo, dijese con respeto:

—¿Qué manda el señor?

—Pues mira; tú te pones ahí en el campo como estabas y donde estabas, y te estás el tiempo que yo te diga, una hora, media, y yo luégo te doy dos o tres pesetas; porque voy a retratarte, ¿sabes lo que es retratarse?, a tí y a tus vacas.

Poco después el artista se impacientaba, y a la vez se reía al ver que no le era posible conseguir que el muchacho se mantuviera tendido con la naturalidad y el gracioso abandono en que le había hallado el artista cuando llegó a aquel lugar. La idea de que le miraban para hacer de él un retrato le había hecho tomar una posición forzada, violentísima, más propia de maniquí que de persona viva, una imbecil seriedad, una tiesura y una inmovilidad estrafalarias.

—Vaya, está visto que no puedo conseguir nada—se dijo el pintor. Y exclamó dirigiéndose al muchacho: —Quítate de ahí, espantapájaros, no me vayas a estropear el cuadro. Pintaré tus vacas, que, como no saben que las van a retratar, siguen tan graciosas y tan a sus anchas sobre el verde del prado y bajo el azul del cielo. No tengas miedo, hombre, que no pierdes las pesetillas; pero vénte aquí junto a mí, no me vayas a espantar las vacas.

Detrás del pintor, con las manos cruzadas en la espalda, boquiabierto, lleno de inexplicable asombro, estuvo el pastorcillo viéndo que con aquellas escobillas manchadas de sendos colores, en la tela aquella el ad-

mirable hombre aquel pintaba propiamente las hierbas, los ramos, los troncos, las moradas borrajas, las minutas silvestres, las malvas y amapolas, el fino botón de oro, las lindas margaritas y todas las flores silvestres de aquella abundosa grama. Pues ¿y las vacas? Las pintadas eran como las vivas, sólo que pequeñas como media pulgada, y el cielo tan igual al verdadero era en el lienzo, que no parecía sino que por allí se había roto, y era aquél, y no éste, el que se presentaba a los ojos.

—¡Contra, qué bien!—decía de vez en cuando.— ¡Mia tú que es maña de hombre!—murmuraba casi inconscientemente el muchacho; y aun a lo mejor le entraban unas ganas de reír, y reía con un gozo, insensible revelación de su pasmado asombro.

—¡Carámbolis, y qué bonico es eso *cace usté!*

—¿Te gusta, muchacho?

—*Mila usté, la Tordilla, la Valerosa y la Mora; casi parece que las han metío ahí dentro. ¡Amos, qué cosa! ¡Ja, ja, ja! Hui, si hasta salen las esquilas que paicen que se están meneando.*

—Me alegre, hombre, me alegre—exclamó con viva e íntima satisfacción el pintor; y prosiguiendo con delicia su tarea, continuó charlando afablemente con el zagalillo.

—¿De dónde eres tú?—le dijo.

—*Pus soy de ahí, de Aldemoreja; vele ahí usté aonde está; por donde se ve aquel caminico, tira usté luégo como a la mano izquierda, pasao aquel molino que se ve allá, y asina como quien va aonde están aquellas espesuras de encinas, aonde se ve la puente al campanario.*

—¿Y son tuyas las vacas?

—¡Mías!—exclamó casi con temor el chico.

—Vamos, si no tuyas, si son de tu padre, te pregunto.

—No, señor, son del amo. Mi padre está más *probe que una vara de fresno deshojá*.

—¿Y qué ganas tú por cuidar las vacas?

—*Pus ati cuenta que na. Un pan pa sopas, un cacho e tocino, sal, ajo, una cuchará e sebo, y lo que me dejan en la cocina del amo toas las noches. Un vestío por san Miguel y cinco duros al año, que se los doy al padre.*

—Pues mira, yo creí que ganabas tú más que yo. ¿Cuánto te figuras tú que gano yo?

—*Pus el pintor que estuvo en el pueblo pa repintar las puertas de la iglesia y del ayuntamiento, y amos que eso es más trabajo ¡qué tié que ver! estuvo cuatro días y se ganó cuatro pesetas por cada día; de modo y manera que...*

—Que yo no ganaré menos, ¿verdad? Pues hijo, te equivocas, porque por cada cuadro que yo hago, cuadros de estos que estoy haciendo ahora ¿eh? pues me dan seis mil, diez mil, veinte mil pesetas, y más.

—¡Atiza!—exclamó con acento de incredulidad el muchachuelo.

Manifestó el pintor con aquella claridad y sencillez que los hombres de verdadero y poderoso talento saben hacerse entender de los ignorantes, y sobre todo de los inocentes, lo que era el arte, cuán necesaria era una grande aplicación para aprender sus reglas, y cuánto le había costado a él de padecimientos y trabajos llegar a hacer lo que hacía y a ganar lo que ganaba; y luégo, habiéndose enterado por la ingenua confianza con que el niño le hablaba de las angustias que sus padres pasaban, ¡pobres labradores agobiados por las contribuciones, por las crueles exigencias de la insa-

ciable codicia de la usura! al dejar el pintor su trabajo puso en manos del chico un par de duros, recomendándole que se los diese a su padre, y diciéndole:

—Y estas dos pesetillas para tí, y ya ves que no tengo mal oficio cuando me sobra el dinero para regalarlo.

Recogió el pintor sus cachivaches, que eran de fácil embalaje y carga, y dejando al pastorcillo con sus vacas en el prado, prosiguió su marcha errante por el campo en busca de nuevo atractivo o deseoso de hacer un ejercicio rudo y fatigador muy conforme con su robusta naturaleza.

Sin duda estuvo algunos días de acá para allá, de pueblo en pueblo, por todos aquellos contornos, el infatigable artista; ello fue que al anochecer cierto día hallóse cerca de Aldemoreja, junto a un cerrillo donde había una ermita que estaba a corta distancia del nombrado lugar.

—Buenos días, señor, ¿cómo está?—dijole una voz animosa e infantil.

Volvióse el pintor y vio al zagalillo.

—Hombre, ¿eres tú?—exclamó.—¿De dónde sales ahora? ¿Y las vacas, dónde están?

—¡Cuánto hace que ya las he encerrao!—contestó el muchacho.

—¿Pues de dónde vienes ahora?

—*Dai* arriba, de la ermita.

—¿De rezar?—preguntó el pintor.

—Sí, señor, de rezar a la Virgen.

—¿Y qué le has pedido a la Virgen?

—Lo que le he *pedido*...—contestó el muchacho tembloroso; y se detuvo como si no pudiera pronunciar una palabra más.

—Vamos, hombre, dímelo, porque no será cosa mala.

—Es que lo que he *pedlo*... *amos*, que no se *pue icir*. *Amos*, que lo que he *pedio* es una cosa *mu grande*, *mu grande*; pero *mu grande*, y ponga *usté* que más grande que un milagro.

—Pues hijo, lo que es para esa Señora no hay imposibles—replicó el pintor, el cual, atendiendo luego al deseo de hallar un hospedaje en el pueblo, dio encargo de guiarle al muchacho; éste le condujo a su casa, donde el artista cenó, se acostó y, pidiendo a la mañana siguiente un caballo, un bagajero o guía, pagó con esplendidez a sus patronos, y haciendo un nuevo regalillo en dinero al zagalito, le dijo despidiéndose de él:

—Mira, en este cartoncillo está mi nombre y las señas de mi casa en Madrid, por si acaso quieres algo; pero a todo esto yo no sé cómo te llamas.

—*Pus* Tomás de la Peña, *pa* servir a Dios y a *usté*.

—Pues bien, Tomasillo, adiós—exclamó el pintor; y ya iba a emprender la marcha cuando, haciendo con la mano una seña al muchacho para que se acercara, díjole a media voz cuando le tuvo a su lado:—¡Ah! oye: si la Virgen te concede eso tan grande que le has pedido, haz que el señor maestro, porque tú no sabes escribir, me dé la noticia por escrito; quiero saberlo, ¿eh? me lo dirás, ¿eh?

—Sí, señorito.

—¿Me lo prometes?

—Sí, se lo prometo al señorito; pero es una cosa grande, *mu grande*, *mu grande*.

Cuando el zagal y el pintor se separaron, el artista iba preocupado por el misterio de aquella petición que el zagalillo había hecho a la Virgen, y hubiera dado cualquier cosa por conocer el secreto de aquel corazón, ante el cual había vencido respetuosamente su curio-

sidad aquel hombre de talento tan robusto como de sentimientos tan exquisitos y delicados.

II

Algunos años después celebrábase en Madrid una exposición de pintura, formando parte del jurado, con otros famosos artistas, el inolvidable Casto Plasencia.

Sin ser aquella exposición de las más concurridas, resultó de gran variedad y de muy precioso valor.

Reunido cierto día el jurado en el palacio de la exposición y en el elegante saloncito dispuesto para el caso, discutían acaloradamente los jueces sobre el mérito de dos magníficos cuadros, cuando Casto Plasencia, que había estado pensativo, atencioso e inquieto, tomó la palabra para manifestar a sus compañeros que ni éstos ni él habían, sin duda, fijado detenidamente su atención en un cuadro de regulares proporciones que, habiendo sido a primera vista estimado por todos el día anterior como muy estimable, parecía a Plasencia que no había sido obra examinada con el cuidado que merecía.

—Yo no puedo explicarme lo que ha pasado por mí. Vi el cuadro que digo y me pareció muy bueno; pero durante toda la pasada noche me desperté varias veces y vino a mi memoria y reprodujo fielmente mi imaginación el recuerdo del referido cuadro, presentándose un colorido tan brillante, una tan fina suavidad y una tan firme corrección, que me hizo pensar que el cuadro es una obra maestra cuyo realce no ha resultado saliente, sin duda, por la mala luz que recibe y por lo mal colocado que se halla. Propongo, pues, que descuelguen ese cuadro y que se me permita colocarlo donde podamos verlo convenientemente.

Así se hizo, y el cuadro, que era de regulares dimensiones, fue presentado sobre un caballete en el sa-

loncito a la vista de los jueces. Representaba el cuadro una imagen de la Virgen con el divino Niño en los brazos.

—Véase qué entonación tan vigorosa; cuán bien encajada está la cabeza de la Virgen; qué carnación tan viva la del desnudo del Niño; cómo destacan los más finos detalles. El rostro de la Virgen es bellísimo la castidad, la dulzura, la tierna complacencia maternal, el esplendor inefable de la santidad; les una inspiración tiene la exquisita delicadeza de un cuadro de Fra Angélico, la elegancia de una obra de Rafael, la pujanza de colorido de una obra de Murillo, decía Casto Plasencia, el cual, entusiasmándose cada vez más en la contemplación de la obra, prosiguió diciendo con la vehemencia y alegría, a la vez que extendía sus manos hacia el cuadro como si fuera a coger entre ellas al Niño de los brazos de la Virgen:—Qué cuerpo más hermoso tiene este nene, tan sonrosado y rollizo; está dormido y sonríe; se pueden contar las pestañitas de sus párpados; teme uno hacer ruido no sea que vaya a despertarse. ¡Ah, es obra de maestro, es obra de maestro! Y qué paños, qué pliegues; primera medalla, primera medalla.

Y al decir esto miró los rostros de sus compañeros, y en aquellos rostros sorprendió igual admiración y unánime asentimiento; y aunque después, sin duda por interesadas simpatías o por anteriores compromisos, se produjo en el jurado alguna oposición, el mérito del cuadro era tan patente que al fin el jurado, vencido por la justicia, señaló a la obra el primer premio, la medalla de oro.

Pero a todo esto, ¿quién era el autor? Un hombre de nombre desconocido, un joven de aspecto vulgar, un muchachote tosco que, acobardado y escondido

en un rincón del saloncito, se hallaba esperando el fallo del jurado.

Cuando Casto Plasencia salió del saloncito, y al atravesar la antesala preguntó, un ujier le indicó quién era el autor del cuadro premiado; y cuando fue a saludar y a felicitar al joven artista, quedóse sorprendido al ver que éste, profundamente conmovido, con los ojos humedecidos por las lágrimas, le decía:

—El señor Plasencia ya no se acuerda de mí; soy Tomásín, el chico de las vacas de Aldemoreja.

—El del milagro—exclamó el maestro.

—Sí, señor, el del milagro.

—Pues hijo, grande, muy grande lo hizo la Virgen, porque te concedió lo que le pediste: copiar con los colores que da la tierra las luces que da el cielo, y con la carne y la forma de la mujer y del niño la imagen de la Virgen purísima y de Dios Omnipotente. Eres un gran pintor inspirado por el cielo.

JOSE ZAHONERO

LA LECCION DEL CAPITOLIO

(A LOS EXCURSIONISTAS DE LAS ESCUELAS DE CUNDINAMARCA)

Niños:

Una de las más gratas satisfacciones que me ha sido dado experimentar en la vida del magisterio es la de venir en este día, no a hacer un discurso, sino a conversar amistosamente con vosotros a la sombra y con ocasión de este suntuoso edificio que nos alberga, el primer templo civil de la República.

El autor del plano, el doctor Reed allá en el año de 1845, decía, adelantándose a los tiempos: «Saboreo con encanto la mágica iluminación de ese clásico bos-